

DISCURSO DE MONS. DR. JOSE MARIA CIRARDA,
ARZOBISPO DE PAMPLONA

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Oviedo, Presidente de la C.E.E.

Rector Magnífico de la Universidad de Navarra.

Ilmo. Sr. Decano de la Facultad de Teología.

Profesores y alumnos, amigos todos reunidos para este V Simposio Internacional de Teología.

Como Obispo de Pamplona, en la capital de cuya diócesis radica esta Universidad de la Iglesia, que es la de Navarra, debo deciros unas palabras de bienvenida a cuantos habéis llegado desde distintos lugares de España y de más allá de nuestras fronteras. Pero van a ser palabras breves, porque todos deseamos escuchar cuanto antes las que nos va a dirigir el hoy Arzobispo de Oviedo y Presidente de la C.E.E., mi hermano y amigo D. Gabino Díaz Merchán, otrora alumno de Sgda. Teología en distintas Universidades de España y del Extranjero, y profesor también de Teología Dogmática en el Seminario Diocesano de Toledo.

Os deseo a todos unas jornadas de trabajo fecundo y de grata estancia. Espero que así sea, porque conozco bien la cordial simpatía de este buen pueblo navarro que os acoge en la paz de la alegría pascual; y también porque son de todos conocidos el eficaz y buen hacer de nuestra Universidad de Navarra así como la seriedad de todas sus instituciones e iniciativas.

Debo, además, como obispo, felicitaros por el tema que habéis elegido para este Simposio de 1983: «Reconciliación y Penitencia». Al fijaros en él habéis demostrado vuestro deseo de sentir siempre con la Iglesia, y muy particularmente con el Papa que en nombre de

Cristo preside la Caridad Universal. El próximo Sínodo se centrará en ese mismo tema. Y él es, igualmente, el objetivo principal del Año Santo Jubilar de la Redención, que Juan Pablo II abrió el 25 de marzo pasado, en la festividad de la Encarnación del Señor.

El Santo Padre nos ha escrito a los obispos una carta con fecha del 25 de enero, al enviarnos el «Instrumentum laboris» del Sínodo; y nos dice textualmente: «La reconciliación no es otra cosa que la Redención que el Padre ha ofrecido a todo hombre en la muerte y resurrección de su Hijo y continúa ofreciendo todavía hoy a todo pecador, esperando, como el padre de la parábola del hijo pródigo, su retorno penitente por medio de la conversión. El Sínodo tiene la finalidad de reavivar en la Iglesia la conciencia de la gran misión, que el apóstol Pablo anunció: "Dios nos ha reconciliado consigo por medio de Cristo y nos ha confiado el misterio de la reconciliación"...». Deduce el Papa de esas consideraciones que todos los documentos preparatorios del Sínodo deben tener una doble finalidad. Lo dice refiriéndose al citado «Instrumentum laboris»; pero puede aplicarse la afirmación también a vuestros estudios teológicos en este Simposio. Y esa doble finalidad consiste en que tales trabajos pueden «ayudar no solamente a los miembros del Sínodo, sino al episcopado, al clero y a los fieles todos en la meditación del misterio de la Redención, impulsándoles a vivir en profundidad, en el ámbito concreto de las Iglesias locales, el espíritu de este Año Santo y reavivando en las conciencias el sentido de Dios y del pecado, de la grandeza del perdón de Dios y de la importancia del Sacramento de la Penitencia para el crecimiento del cristiano y del hombre, y, en definitiva, para la renovación misma de la sociedad»; ya que «en la raíz de los males morales que dividen y destrozan la sociedad está el pecado» (Carta a los Obispos, del 25-I-83).

De esta manera, Juan Pablo II abre el horizonte de la reconciliación desde el punto de mira de la penitencia y de la conversión en dos direcciones complementarias e inseparables: la reconciliación del hombre con Dios, y la reconciliación de cada hombre consigo mismo y con los demás hombres, sus hermanos. En su jugosa alocución a los Cardenales del 23 de diciembre de 1982, que es una rica glosa a las ideas fundamentales de la Bula «Aperite portas» que promulga el Año Santo de la Redención, el Papa presenta conjuntamente estas dos perspectivas de la reconciliación. Subraya con fuerza la necesidad que los hombres tenemos hoy de modo muy especial por la ancha pérdida de la conciencia de Dios y del pecado, de recuperar una y otra,

para encontrar como el quicio de nuestra vida en la gracia divina, que nos hace vivir en amistad con Dios. Y señala también como frutos de la penitencia y de la conversión, el descubrimiento más y más hondo de la dignidad de la persona humana, porque «no se es hombre en plenitud si no se vive en la Redención, que hace descubrir al hombre las raíces profundas de su persona»; y la solidaridad entre los hombres en ese «patrimonio común de todos, que son los sufrimientos», por decirlo con palabras del propio Santo Padre.

Juan Pablo II ha puesto en manos de la Virgen María tanto el Sínodo como el Año Santo, porque «la Iglesia —razona el mismo Papa— admira y exalta en María «el fruto más espléndido de la Redención... y la contempla gozosamente como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser». (Carta del 25-I-83). A Ntra. Señora encomiendo yo también este V Simposio Internacional de Teología, para que os alcance a todos la grata estancia y la fecundidad de vuestros trabajos teológicos, que os deseaba en mis primeras palabras.

